

LA ANTROPOLOGIA Y LA MEDICINA

Palabras del Dr. Alberto Gómez Arango, Miembro Honorario de la Sociedad de Antropología de Antioquia, en la sesión del 8 de mayo de 1962.

Señor Presidente de la Sociedad de Antropología.

Señor Doctor GUSTAVO URIBE ESCOBAR.

Señor Director del Instituto de Antropología.

Señoras, Señores:

La Sociedad de Antropología, de la cual sois Dr. Uribe Escobar, destacado Miembro Honorario, ha dispuesto, con sobrado acierto, haceros honor y justicia en vida; y para ello ha tomado como oportuno motivo vuestro reciente y todavía juvenil cincuentenario de vida profesional, eligiendo para realizar su homenaje, feliz coincidencia, este día mundial de la Cruz Roja, de cuyo Comité Antioqueño fuisteis fundador; entusiasta Presidente e impulsor decidido durante doce años.

Por otra parte la Sociedad ha determinado que sea otro de sus miembros honorarios, como vos médico de tiempo completo y ex-rector de la Universidad de Antioquia, quien llevara su vocería en esta ocasión; y me ha hecho a mí también honor, que no justicia, al designarme, excusable desacierto, para realizar su empeño, contando como cuenta con otros socios honorarios con las mismas y otras mejores condiciones.

Fuisteis uno de los Miembros fundadores de la Sociedad; y como progresista Rector de la Universidad en dos períodos de fecunda labor, impulsásteis el desarrollo del Instituto de Antropología, que es hoy uno de los orgullos del Alma Mater.

No es de extrañarse que se encuentre con frecuencia entre los médicos, entusiastas buceadores en el pasado de la humanidad. Entre nosotros el sabio Profesor Montoya y Flórez y nuestro lamentado huma-

nista Dr. Emilio Robledo—quien fue además ilustre Presidente de esta docta Sociedad—, nos dejaron estudios de inapreciable valor, que mucho orientan sobre arte cerámico de nuestros aborígenes y con respecto a la medicina colombiana del pasado. También es de citarse al Dr. Javier Arango Ferrer, cuya ágil pluma y fluida palabra han dejado, dispersos por el mundo, escritos y conferencias sobre temas precolombinos en los que juega con el gracejo al referir los mitos y leyendas de nuestros primitivos pobladores, y domina como erudito al describir los hallazgos arqueológicos de la avanzada civilización incaica.

Si la Antropología es la ciencia del hombre, o mejor el tratado de la humanidad al través de los tiempos, es natural que el médico se se interesa por muchos de sus múltiples aspectos. Nadie que viva más cerca de la humanidad que el médico; ninguno que palpe y sienta más de lleno sus vicios, penalidades y dolores; y ningún otro más enterado de sus taras y enfermedades, con frecuencia hereditarias, que arrancan, no pocas veces, de un pasado ancestral.

En buena hora se ha agregado al pènsum de nuestra Facultad de Medicina el estudio de la Antropología. Pero su enseñanza no debe limitarse a las nociones y conceptos generales, sino que debe adentrarse en la investigación a través de nuestra historia, en el campo especulativo, y abondar en el estudio directo y en la comprensión de nuestros núcleos aborígenes, en el de la práctica.

A la Antropología debería agregarse, o con ella debería estudiarse, la historia verdadera y desapasionada de nuestra medicina, en la cual menguan cada vez más las nuevas promociones médicas. La jactancia del momento del deslumbrante progreso en que vivimos, nos hace olvidar, inocente o culpablemente, el meritorio esfuerzo de los que nos precedieron, sobre cuyos estudios, realizaciones y rectificaciones, se edifica en cada etapa de la civilización, el monumento de la ciencia.

Estos dos estudios con el de la Deontología y Moral Médicas, tan ligados como están a la Antropología filosófica, religiosa y social, contribuirán a hacer de nuestros futuros médicos hombres más ilustrados, más humanistas y más humanitarios. A este propósito, es de desearse se mejore la dotación de nuestras bibliotecas universitarias con mayor y más variado número de obras de Antropología Médica.

Viviendo el hombre en determinado medio y sometido a diversas influencias ambientales (telúricas, atmosféricas); a variables costumbres sociales, en veces nocivas; y a difíciles circunstancias económicas (trabajo, medios de subsistencia, etc.), ha estado y continuará estando sujeto a leves o profundas, transitorias o definitivas perturbaciones orgáni-

cas y funcionales que a la larga obran modificando su constitución física y aún psíquica.

La investigación médica descubre y describe esas repercusiones cuando son recientes. Pero las que se originaron y perdieron en un remotísimo pasado, llegan a ser del dominio de la Antropología. Las investigaciones de esta ciencia desentierran, en toda la extensión de la palabra, esas repercusiones y les buscan, con sus variados recursos, la explicación más adecuada, persiguiendo siempre el hallazgo de la verdad, meta de todo conocimiento.

En el estudio de la Anatomía Humana se observan modificaciones esqueléticas y orgánicas que permiten ubicar al hombre en su terreno y en su raza; y la Paleontología nos ha suministrado más de un espécimen que, según el estrato geológico que le ha servido de milenaria sepultura, podría también ubicarlo en el tiempo, permitiendo comprobar rasgos evolutivos inherentes a todos los seres anidados que habitan este planeta, sin llegar, desde luego, a la comprobación del origen simiesco de la especie humana como lo pretenden los transformistas integrales.

En el campo de la Fisiología, estudios muy interesantes revelan variaciones funcionales en núcleos primitivos del sur, ligados a nuestro antiguo imperio chibcha.

Pero son la Patología y la Terapéutica las ramas de la Medicina que ofrecen un campo más abierto a la investigación. Todavía subsisten drogas y procedimientos, filtros y hechizos, con amplia aplicación en muchas regiones de nuestra patria, que han sido herencia de nuestros antepasados médicos, los hechiceros de las tribus.

Las enfermedades de predominio racial, y aquéllas no raciales, pero en las cuales las modificaciones anatómicas y funcionales a que hice alusión han dejado diferencias de evolución, bien merecen que se estudien en nuestro medio.

Lo mismo que en el desarrollo del individuo, las diversas edades marcan diferentes reacciones psíquicas y funcionales, así el desarrollo progresivo y en veces regresivo de la humanidad, en sus distintas y variadas fases de adaptación, va dejando su huella y la dejará más profunda en las sucesivas y futuras generaciones.

El progreso investigativo, que nos ha llevado a explorar la atmósfera espacial, nos dará para el porvenir sorprendentes enseñanzas sobre la difícil o imposible adaptabilidad a la improbable vida astral. De otra parte, la energía nuclear y la radioactividad, que cada día extienden más sus numerosas aplicaciones en la paz y a la guerra, ya han mostrado profundas influencias, aún en sus acciones terapéuticas, sobre la función generativa y sobre casi todas las funciones del organismo.

Andando el tiempo dejarán huellas profundas en la humanidad, que serán estudiadas por los antropólogos de los siglos venideros, cuando esta era de la civilización sea sepultada por terrible cataclismo, no ya por obra del tiempo y de las fuerzas naturales como aconteció con las pasadas civilizaciones, sino víctima de su atrevido y destructor invento.

Volviendo al campo de la Patología, los tiempos pasados ya dejaron sus huellas en la piel, el tejido de protección más accesible a la influencia de los elementos exteriores. Bien lo sabéis vos, doctor Uribe Escobar, que fuisteis el primer especialista en Dermatología y Sifilografía de nuestra patria chica; el fundador y primer profesor de la cátedra de Clínica Dermatológica en nuestra Facultad de Medicina; y el organizador de la campaña antivenérea y Director por muchos años del Instituto Profiláctico del Departamento.

Pinturas, escarificaciones, ligaduras, unguentos y sobijos, dejaron su huella en nuestros aborígenes. La humanidad ha transformado la piel y el pelaje a través de los tiempos; y todavía en la época actual, desde luego con productos más aceptables y con procedimientos más estéticos, pero no siempre inofensivos, las pieles femeninas, con sus uñas y cabelleras, continúan en un proceso de evolución que será tema importante de antropología médica y social en un remoto porvenir.

Al mismo tiempo, influencias aún no estudiadas quizás alimenticias y ambientales, han obrado tan profundamente sobre las cabelleras masculinas, que llegará un día en que los antropólogos del año 4.000 descubrirán con gran sorpresa algunos núcleos alopécicos que habitaron la tierra hacia el año 2.000.

Solo ha sido mi propósito esbozar las grandes relaciones que existen entre la Medicina y la Antropología, y sin embargo me he alargado más de la cuenta, por lo cual he de terminar el tema, no sin llegar a la conclusión de que, si bien la Antropología penetra muy hondo en las raíces de la Medicina, ésta, a su vez, absorbe una buena parte de aquélla.

Doctor Uribe Escobar: No solo los títulos de Rector, Profesor Emérito, Presidente de la Cruz Roja, Director del Instituto Profiláctico, Miembro Fundador y Honorario de la Sociedad de Antropología, y los más que involuntariamente haya omitido, sino también vuestros méritos y merecimientos, que voluntariamente me abstengo de enumerar, os hacen acreedor a este homenaje.

Si no fuera por los modestos títulos que obraron en mi escogencia, otro más docto y autorizado de los aquí presentes habría sido el digno pregonero del hermoso pergamino que ha de poner en vuestras manos el señor Presidente de la Sociedad de Antropología.